

No hay cielo sin tierra

¿Seremos faros que parpadean en el océano del universo, recibiendo y enviando señales, como quien guiña un ojo por complicidad? ¿Serán nuestras imaginaciones raíces infinitas entrelazadas con los sueños de billones de estrellas que descienden hacia los pies para engancharse con lo más profundo de la tierra e irradiar la luz que vino del cielo?

Debió de asombrarse la montaña cuando de sus entrañas salió la primera brizna de hierba. Debió de desconcertarse la madre cuando vio a su hijo alzarse sobre los pies. «¿Dónde vais?», preguntó el pasado. Y el cielo, contemplando la escena desde lo alto, trajo un soplo que barrió todas las respuestas para dejar que la vida brotara sin los contornos del futuro.

Pies, para qué os quiero

Los pies son nuestro contacto con la tierra, primero con la realidad física para después poder profundizar en otras más sutiles. Ellos nos facilitan la posición vertical, elevarnos sin desmoronarnos como un gigante con pies de barro¹.

Aunque aspiremos a trascender, renegar del plano material de la existencia es como amputar una parte de las posibilidades, rechazar el mismo impulso que nos permite viajar por los diferentes estratos de nuestro ser.

En la entrada de las mezquitas, en templos de Asia, en algunas casas, quitarse el calzado es una exigencia. Se trata de un simple acto lleno de significado, ya que nos “obliga” a unirnos con la tierra y sus energías. Todos hemos notado alguna vez, con más o menos intensidad, ese bienestar regenerador al caminar descalzos por la hierba o la playa.

Los habitantes de Eros

Parece tan fácil hablar de lo que nos duele, hundirnos en todo ello. Y, en verdad, es tan difícil que el placer se esfuma de uno para entregarse a quien lo acoge.

¹ El profeta Daniel fue el primero que utilizó esta expresión para interpretar un sueño del rey Nabucodonosor II, en el que una colosal estatua, compuesta de oro (cabeza), plata (pecho y brazos), bronce (vientre y caderas), hierro (piernas) y barro (pies), se desmoronaba por el desprendimiento de un pequeño fragmento.

Los amantes de los pies eran —¿aún lo son?— gente extraña a la que se apuntaba con el dedo, como si una enfermedad padecieran. Algunos hasta se atrevieron a ponerle un nombre y tratarla. Mientras tanto, los habitantes del reino de Eros, en su intimidad, jugaron a adentrarse en la orografía de los pies, explorando sus valles, montañas y texturas. Con los sentidos esbozaron mapas en la alfombra de sus pieles para volar en mil y una noches hacia realidades mágicas hechas de bálsamos, ardores y lámparas de Aladino. Se hicieron gourmets de sus sabores, sudores y olores. Contemplaron a sus dedos encogerse ante el orgasmo, como queriendo agarrarlo y hacerlo suyo. Y, entre tactos, se encumbraron en el éxtasis y rieron y rieron al tener que hacer de aquello un secreto.

Discretos, callaron al comprender que el aroma de una rosa se desvanece ante el hedor de lo putrefacto. Dejaron que el dolor de los hombres aullara y cubriera la sutilidad de lo bello. Pasaron siglos viviendo como enamorados furtivos, contándose al oído los hallazgos en sus orgías sensoriales. Simplemente esperaron a que el resto fuera aburriéndose de su sufrimiento, de profanar y vulgarizar el templo que ocupaban, a que las noches se hicieran largas angustias y que anhelaran algo para lo que ya ni palabras encontraban, porque la locura devoró su recuerdo.

Las estaciones se sucedieron hasta que el viajero del dolor, cansado y hambriento de sí mismo, llamó a la puerta del extranjero. Y, sin mediar palabra, el que hizo de su cuerpo un hogar se arrodilló ante su hermano para lavar sus pies y los pecados que arrastraban. La humildad del gesto lo hizo arder en las llamas de la vergüenza hasta expiar su penitencia.

Aquella noche, cielo, tierra y hombre volvieron a caminar juntos y dejaron tras de sí una sola huella.

El cuerpo a tus pies

Supongo que la reflexología podal nace de aquellos habitantes de Eros; que quien colocó el primer ladrillo de esta técnica fue alguien que, sobre su cuerpo desnudo, ahondó en su sensibilidad y comenzó a asociar sus impresiones para plasmarlas después en atlas anatómicos que pudieran servir de ruta a los demás.

La reflexología es un método que permite acceder a todo el cuerpo a través de una de sus partes. Los pies son un claro ejemplo; en ellos está la cartografía de todo el cuerpo. La base de esta práctica es que para cada órgano y área del organismo existe una correlación directa con alguna zona de los pies. Si el cuerpo está saludable, los pies también lo estarán y, al contrario, si alguna zona del cuerpo duele, la correspondiente del pie también dolerá. Estas relaciones entre una parte y el todo podemos encontrarlas también en las orejas, ojos, lengua, manos, dientes, cara, pulso, pene... Dónde no.

Siempre cabe la posibilidad de dejar a un lado los mapas trazados por otros y perderse, sin más brújula que la intuición, en la fascinación del que viaja sin saber lo que le espera.

La senda de los sueños

Unos zapatos de tacón golpean la acera. En su arritmia se escuchan peligrosas curvas cabalgando por la espalda, acróbatas tambaleándose sobre una aguja que se clava en un corazón que ya ni siquiera sabe que llora, que ya ni recuerda qué es lo que puso a sus pies allí arriba.

Hay momentos para todo, para las sandalias, los mocasines, las katuskas, los zapatos de tacón, hasta para disfrazarse en carnaval de escalera para estar a la altura del premio. Los zapatos deberían servir para jugar como quien juega a llevar unos vaqueros rotos o una americana. Deberían valer, sobre todo, para proteger nuestros pies, no para torturarlos, deformarlos o convertirlos en víctimas de su adorno.

Mira tus pies; son tan bonitos, con su volumen, su plástica arquitectura, su multitud de terminaciones nerviosas para captar con exquisita precisión cómo es el suelo que pisamos, cómo es nuestro equilibrio, cuándo estamos a punto de perderlo al irnos demasiado hacia delante, hacia atrás o hacia los otros. Cuando toda esta información es facilitada por unos pies que disponen de un espacio acorde a su belleza, de un contacto directo con la tierra y el aire, el cerebro puede reconocer qué pasa ahí abajo. Las sensaciones llegan, así, precisas y claras. Lo mismo sucede con las órdenes que se envían a los pies.

Conociendo, tratando a tus pies con más cariño, quizá puedas confiar más en ellos, y ellos en ti, para que sean algo más que dos rígidos bloques que sirven para recibir dolor.

Cuando uno tiene los pies bien plantados en la tierra, con un buen apoyo, es más fácil sentirse seguro, saber la realidad de la que parte. Desde este contexto es más sencillo averiguar hacia qué sueños quiere uno dirigir sus pasos y aventurarse en el desequilibrio.

El corazón de los pies

En un vagón cualquiera de un metro cualquiera, algunas personas se dejan caer sobre los asientos y pierden su mirada y algo más en algún lugar donde nadie pueda incomodar su incomodidad, evitando lo imposible, el diálogo con el otro, ese otro tan desconocido y extraño que nada parece saber de nosotros.

No solo el metro avanza por debajo de la tierra, los cuerpos y sus emociones impresas parecen emerger como raíces agresivas en cada arruga, cada tic, cada gesto, para tomar aire, respirar y existir.

Aún recuerdo a aquella mujer y aquel hombre sentados uno al lado del otro, con sus troncos inclinados ligeramente hacia lados opuestos mientras sus pies se giraban para saludarse y hablar de sus cosas, rozándose tímidamente. Aún recuerdo cómo el hombre se levantó para bajarse en la siguiente parada, la de su cabeza, y cómo el pie derecho de la mujer avanzó dulcemente unos centímetros en busca del pie izquierdo del hombre, que se alejaba a regañadientes, deslizándose por el suelo, arrastrado por su pie derecho que, firme, avanzaba hacia el quehacer diario. La puerta del metro se abrió y el hombre puso rumbo hacia su rutina. Se alejó con pasitos cortos y acelerados, teñidos de contradicción, mientras los pies de la mujer se recogieron, buscando contacto, quizá calor entre sí. Su tronco recuperó el centro y la boca resopló.

Poco después, el corazón del hombre hizo tropezar a sus pies.

Tendiendo puentes

Veía una escala apoyada en la tierra, cuya cima estaba en el cielo; a lo largo de ella los ángeles de Dios subían y bajaban.

—Génesis, XXVIII

Entre el miedo y la libertad

La nuca, allá atrás, lejos de la seguridad de la vista, encogida por miedos atávicos, se alarga sensual unos instantes en busca de la caricia que convierta al pasado en otro futuro. Pero esa sensación del aliento en la nuca es a menudo tan fuerte que ella vuelve a esconderse ante la supuesta amenaza. A veces, asustados, miramos atrás y nadie hay, solo el silencio que engendra todas las posibilidades.

Comprendo tu miedo. De tantas maneras has vivido. Alguna vez no pudiste hacer otra cosa que obedecer. Todavía sientes los grilletos que endurecen tus músculos para soportar el dolor y no morir, aún. Comprendo. Tantas veces has muerto, de tantas formas: estrangulado, asfixiado, desnucado, ahogado, decapitado, degollado... Ni siquiera pudiste gritar cuando aquella fiera clavó sus colmillos en tu yugular.

Y en estos tiempos parece que el peligro se ha hecho intangible, que el enemigo no tiene forma. Esa cosa que llamamos sistema es como una espesa niebla que nos envuelve, llena de organismos que cobijan el miedo, el suyo, ¿el tuyo? Estás rodeado de obligaciones que imponen la familia, la educación, las multinacionales, los gobiernos visibles y los ocultos. Entiendo que tu nuca se queje. Hay tanta fuerza en ella, tal deseo de liberarse...

Liberarse de las prohibiciones que generan un mercado negro... y blanco, controlado por aquellos que las implantan y por los que las aceptan. A veces olvidamos que a mayor prohibición, más se reproduce aquello que se prohíbe. Los rebeldes forman parte del juego. Esos gritos que reivindican la libertad son proferidos desde la ahogo de este círculo. Toda autoridad para contener la libertad crea un deseo esclavo desde su origen. ¿Dónde está la salida, entonces? Vuelve a ti, corazón,

vuelve a ser puro y contéplate. Vendrá la verdad, vendrá a preguntarte qué prohíbes al otro, a ti, del modo que sea. Y la prohibición te estallará en la cara una y otra vez hasta que te atrevas a hacerlo por amor propio.

Llega la noche, llega el sueño. La musculatura de la nuca es de las últimas en relajarse. No hay nadie atrás, nada más que una almohada. Suelta, suelta, abandónate. Ni la misma muerte es una amenaza, tan solo parte del viaje. ¿Será posible que tu miedo se transforme en una brisa epicúrea que cierre tus ojos, expanda tu respiración y libere tu lengua para que el torrente de energía baje y suba bajo el amparo de ese íntimo juego entre lo desconocido y lo seguro, entre la libertad y la sumisión? ¿Será posible rendirse y brindar al otro el poder de esclavizarnos o liberarnos? El sueño está servido. ¿Despertarás?

Garganta y nuca, cara y cruz de la misma moneda. Por allí pasan rutas vitales. Quieres protegerlas con la fuerza de tus músculos. Sin embargo, esa intensidad que usas para defenderte terminará por asfixiarte. Los músculos de tu cuello se tensarán, afectando a tu voz como una poderosa boa que aprieta tu laringe y cuerdas vocales. Y de tu garganta saldrá un hilito de voz fatigado, palabras extrañas que no expresarán lo que sientes. Y te crearás incomprendido. El aire, manjar intangible, tendrá que lidiar con las estrecheces de la faringe para poder inflar tus pulmones. Los alimentos se tropezarán con las angostas paredes, atragantándote a menudo. Las ideas de la mente se desvanecerán por aquellos senderos sinápticos cortocircuitados, y las acciones asociadas jamás llegarán a pisar la tierra con la fuerza de su origen. Las sensaciones que suben a la cabeza se atascarán en la estrechez de la nuca. Entre esa bruma que no deja ver tu propio engaño, ya no estarás seguro de lo que sientes, piensas, haces o dices. Son síntomas, información valiosa que deberás descifrar para volver, si es que has descendido hasta aquí.

Cisnes

La libertad divina siempre te reclama. En un momento u otro tendrás que desprenderte de tu resistencia para que vasos, nervios y músculos recobren su lugar genuino, para que desaparezcan los mareos, los desmayos, las jaquecas, el peso de lo que creíste tus pecados. Tarde o temprano cascadas de vida volverán a brotar por todos tus cauces y su rugido abrirá la puerta de los dioses.

Las emociones ya solo serán un juego que disfrutar. Ellas partirán desde tus entrañas hacia el estómago y el pecho. Allí serán amplificadas y expandidas junto con un aire purificador para después continuar su viaje hacia el cuello, donde serán refinadas antes de ser expresadas en el contexto particular de tu vida. La belleza será entonces la consecuencia. No tardarán en saludarte las musas de las artes: «Bienvenido, nos alegramos tanto de volverte a ver».

Directo al paladar

*¿Cómo poner un adjetivo a algo o alguien sabiendo que un instante después
tomará otra apariencia?*

Bondad para ponerlos.

Bondad para quitarlos.

La lengua tiembla entre los muros de su casa. Busca almohadas donde descansar de tanta verborrea hueca, de tantas acusaciones escupidas en chismes apresurados. Parece fuego, mas solo es un incendio descontrolado que tiritita de frío, pidiendo por un beso que la acueste, ancha, en el firmamento del silencio.

Tatuado está en nuestro pecho abierto el idioma universal que hace que todos los nudos de todas las lenguas de la torre de Babel se deshilachen en susurros.

¿A qué sabe?

Nos aventuramos a saborear el mundo sin más rumbo que el horizonte.

Con nuestros paladares distinguimos lo bueno de lo malo, la medicina del veneno, lo comestible de lo indigesto, lo exquisito de lo repelente. Así fuimos creando nuestro particular inventario de alimentos, personas, sustancias deseables e indeseables.

¿Cuántas nuevas experiencias apartamos de nosotros por atenernos a esta lista, a, quizá, unas circunstancias adversas que condimentaron el amargo juicio sobre la neutralidad de un hecho?

Suerte que tenemos una estrella que deja caer sus luces sobre la parcialidad de nuestras memorias. Suerte que alguien volvió a besarnos con todo su amor y, en un chasquido de dedos, mil colores, mil aromas, mil sabores, mil mezclas olvidadas se colaron entre las grietas de los recuerdos, dispuestos a reinventar nuestro catálogo de gustos y disgustos.

Nos atrevimos a catar de nuevo lo que rechazábamos. Resultó que aquello tan repugnante ahora estaba delicioso. Resultó que la alergia a “...” no era tal. Resultó que bastaba con venerar la sustancia, conocer su dosis, su ofrenda y la nuestra, para que el

veneno se transmutara en medicina. Resultó que se trataba de comer y dejarse comer haciendo el amor, con la muerte como parte de él.

He aquí el don en el que nuestra lengua se hizo esponja capaz de empaparse de todo. He aquí el instante en el que el rocío de la saliva derritió las cumbres heladas de nuestra imaginación y sus creaciones volvieron a descender hacia el tablero de la realidad.

Cuánto tiempo llevamos desde entonces suspendidos en los matices de cada sabor. Basta una pizca para invitar a todos los pasajeros de la experiencia a viajar con nosotros y ser digeridos.

Así nos conocimos, indefensos.